

Rijkralpa

El Maestro Sacerdote

Cierta mañana de los tiempos de frío, el Maestro Sacerdote despierta y contempla el horizonte desde su puerta. Sin tomar alimento ni pronunciar palabra alguna abriga su espalda, sale de la casa y camina río arriba.

Fueron varios días con sus noches que el Maestro Sacerdote estuvo fuera. Mientras tanto, tuve que hacerme cargo de todas las tareas domésticas, como cuidar de los animales y ver por la pequeña parcela ubicada detrás de la casa. Además, entre mis deberes habituales, se encuentra seguir con las lecciones de orfebrería en el taller que dejó mi padre al morir.

Desde niño aprendí a crear con el metal. Las manos de mi padre me enseñaron a fundir oro, plata y cobre, a darles forma de láminas y a utilizar el fuego para unirlas. Juntos calamos formas sagradas y engastamos piedras para adornar las joyas que los gobernantes le encargaban. Así también me enseñó una técnica aprendida de mi abuelo —gracias a la cual se tenía mucho aprecio y respeto por el trabajo de mis antepasados—: cubrir láminas de cobre con una delgada capa de oro.

Murió mi padre muy temprano una mañana. Grises nubes cubrieron aquel matinal brillo que solía encender sus ojos sabios. Solo el frío, un frío viento que bajaba de las montañas, acariciaba mi rostro arrancando mis lágrimas, dispersándolas, impidiendo que tocaran tierra. *Tu padre vive en tus manos*, dijo el Maestro Sacerdote. Entonces no lo entendí, pero desde aquel día quedé bajo su cuidado.

Cuando el Maestro Sacerdote vuelve a casa me encarga dos tareas: convocar en reunión a los Viejos del valle y que viera de prepararles algo de comer y beber. Luego puntualiza que habría de permanecer en la reunión observando respetuoso silencio.

Una vez convocados y reunidos en casa, el Maestro Sacerdote cuenta a sus invitados un sueño que tuvo antes de su partida. Rijkralpa, el dios con alas de cóndor que renuncia a ellas para andar como los hombres, se le presentó en sueños y le dijo que caminara río arriba apenas despertara, y que escuchara, a cada uno de sus pasos, lo que la orilla y las piedras tenían que decirle.

Mientras andaba no solo le habló el río, sino que en aquella mañana de luz las montañas y las plantas vibraban, tenían otra voz. Así, justo cuando el sol coloreaba de rojo cobre las nubes, se detuvo a beber agua.

Entre las aguas distinguí una piedra, la tomé en una mano y esta se convirtió en pez. Confundido y maravillado, traté de asirlo con ambas manos pero fue imposible. El pez se deshizo en semillas iluminadas que al caer penetraron en la tierra, como si estuvieran buscando guarida. Vibró la tierra en luz y de aquel resplandor nació una planta. Esta planta creció hasta llegar al cielo y de uno de sus frutos nació un cóndor. Este cóndor se

posó sobre mis espaldas y, llevándome en vuelo, a mis oídos dijo que en el largo día que anuncia el tiempo de calor y lluvias, se habrá de recordar, en ceremonia, la renuncia de Rijkralpa a sus alas. Rijkralpa, hecho cóndor y dejándome en la orilla del río para que emprendiera el camino a casa, pronunció el nombre del joven que en silencio nos acompaña en esta reunión. Es él quien ha de crear la Joya Ceremonial Rijkralpa.

Los Viejos del valle, hasta ese momento, maravillados con el relato del Maestro Sacerdote, de pronto se muestran desconcertados. Alguno dijo que solo los orfebres iniciados pueden hacer joyas ceremoniales. Otro sentencia que aún me faltaban años para alcanzar la destreza de mis antepasados en el oficio de orfebre. Todos quedaron mirándome.

Ustedes hablan con verdad. Pero verdad es también que siendo aún un aprendiz sus manos son las de sus antepasados. Y, sobre todo, que Rijkralpa ha ordenado que este joven haga la Joya Ceremonial.

Al caer la noche no pude dormir y muy entrada la madrugada Rijkralpa aparece en sueños. Sin las alas de cóndor, solo sus ojos rasgados denotaban su condición divina. Dijo que lo acompañara andando hasta un lugar más allá del Apu del valle. Llegamos hasta una montaña de tierra arcillosa y dijo:

Esta es la tierra de mis primeros pasos. Esta es la tierra con la que unirás la Joya que tus manos han de crear. Sigue tus instintos, escucha al Maestro Sacerdote.

Rijkralpa asciende a los cielos y se transforma en una serpiente con una cabeza en ambos extremos, y crece hasta abarcar todo el cielo. Lluvia brota de su cuerpo. Despierto.

En los últimos instantes de la oscuridad de la noche y sin haber trabajado antes con el cincel, me siento a la mesa de trabajo de mi padre y repujo, en una lámina de cobre, la serpiente de mis sueños y debajo, los ojos rasgados de Rijkralpa. Al despertar el Maestro Sacerdote, ve mi trabajo y dice:

Sagrada Serpiente de dos cabezas, la bóveda celeste sin inicio y sin fin, el mágico camino de las aguas. Ojos alados de Rijkralpa, las alas a las que nunca renunció. Dibuja ahora una Corona Solar, el símbolo que comunica a los sacerdotes y a los señores de los valles con lo sagrado.

Recuerda, joven orfebre: la tierra y el cielo son uno con las lluvias. El mar y las montañas son uno con los valles. Los árboles, los animales, las piedras, los hombres. Todo es Pachamama, sagrado templo de vida. Que el rostro de Rijkralpa brote de estas palabras y de tus manos.

Mientras pronunciaba estas palabras, dibuja en la tierra una Corona Solar con una rama de árbol y la encierra en un círculo.

Los días sentado a la mesa de trabajo se sucedieron uno tras otro. Muchas veces pienso que los Viejos del valle no se equivocaban en sus dudas sobre mi destreza como orfebre.

Los pies de Rijkralpa. ¿Cómo habría aprendido a andar habiendo volado desde siempre hasta la renuncia de sus alas? Atacaban mis pensamientos preguntas que procuro callar para no importunar con mi ingenuidad. ¿Si todo es uno, por qué Rijkralpa renuncia a sus alas?

Al arrancarse las alas, Rijkralpa negó su condición divina: solo haciendo ello iba a entender lo que el amor, el dolor, la angustia y la muerte significan para los hombres.

Las palabras del Maestro Sacerdote algunas veces disipan las dudas pero otras me confunden aún más. Hasta que en un momento llego a una conclusión. En la ceremonia se debían de recuperar las alas de Rijkralpa. La primera tierra donde él caminó habrá de unir sus alas de cóndor y sus pies de hombre.

Terminado en perfección el rostro cincelado de Rijkralpa, tuve valor para compartir mis ideas con el Maestro Sacerdote. Y responde:

En una lámina de cobre calarás las alas de cóndor de Rijkralpa que perfectamente calzarán debajo de su rostro; en otra, recorta la forma de sus pies; embute una base circular donde todas las partes se habrán de unir. El círculo lo une todo y el cobre deberá estar enteramente cubierto de oro brillante.

Al cabo de unos días cada palabra fue lograda en el metal. Sin embargo, y esta vez con una seguridad que nunca tuve, dije al Maestro Sacerdote que todas las partes de la Joya Ceremonial debían ser unidas con la tierra de los primeros pasos de Rijkralpa. Aquella que me había mostrado en sueños, en la montaña.

A la mañana siguiente tomamos rumbo hacia el paraje de tierra arcillosa. Cuando llegamos, el Maestro respira profundo y contempla el cielo: todo se colma de un color distinto. Mirándome a los ojos dijo que era el momento preciso para iniciar mi camino.

Hace mucho tiempo, cuando yo era tan joven como tú, mi maestro tomó entre sus manos esta sagrada tierra de Rijkralpa y dijo: Habrás de escuchar todas las voces de la Pachamama y habrás de cuidar que estas no dejen nunca de recitar su melodía a los hombres. Eres instrumento de equilibrio entre las voces de luz y toda la oscuridad del silencio.

Ahora estas palabras también te pertenecen.

Untó en mi frente la Sagrada Tierra de Rijkralpa. Así fui iniciado.

La Joya Ceremonial fue acabada bajo una luna llena que todo lo ilumina de plata. El rostro cincelado de Rijkralpa, sus alas de cóndor, sus pies de hombre y el perfecto círculo que habrá de unirlos brillan oro como sol en lo más alto del día.

Habremos de esperar el largo día que anuncia el tiempo de calor y lluvias, día cuando mi Maestro coloque la tierra de Rijkralpa para unir las partes de la Joya en sagrada ceremonia. Día que habremos de recuperar las alas de Rijkralpa, como él logra al morir, luego de andar como hombre la tierra.

Rijkralpa

Nacido de las aguas abrió las alas como fruto cedido a los cielos.
Con el viento, con sus ojos,
el polen cubrió de nubes el horizonte.

Antiguo abrigo del dolor.

Secó el sol su cuerpo, las alas hasta el brillo.

Chonkik voló hacia la orilla recién iluminada.
Lento descendió en círculos,
y contemplo el rostro de sueños.

Cogió una piedra y se abrió el pecho.
Un grito descarnado se escuchó.
La mano de Dios entregó el cielo.

Ningún rayo, ningún trueno.

Rijkrallpa.

Aprende.

Aprende el canto del viento

guarda en tu corazón
en tus alas extendidas
el fuego que aguarda.

El canto acompañará tus placeres.

Bebe Rijkralpa.
Bebe fuego el silencio
el viento
el canto.

Vuela.

Sobre las montañas
Chonkik enseñó a Rijkralpa a usar las alas.

Dijo cómo desplegarlas,
cómo utilizar los vientos a favor
y cómo eludir las lluvias
volando sobre las nubes.

El joven nunca tropezó.

Se hizo del cielo
como si siempre
le hubiera pertenecido,

y aquel primer día llegó hasta la dura
tierra de los hombres.

Contempló detenido, asombrado.

Asombrado

Rijkralpa.

Las aguas permanecen.
Las aguas perduran como sueño de tierra,
los frutos que alimentan a los hombres.

Contempla.

Toda orilla es invisible.
Tus alas son las alas de mi cuerpo envejecido
y, como las aguas, la memoria es invencible.

Es tu vuelo mi luz sobre las montañas.
Nuestro el silencio encendido,
el rastro entre palabra y palabra.

Repite el canto del viento

eres

uno con el cielo que aguarda
uno con la tierra que nace
uno con las aguas del tiempo.

Vuela.

Amarillas aves nacieron en los labios de Rijkraallpa.

Fuego.

Cuerpos en luz atravesaron en bajo vuelo el cielo.
Humedecieron con las alas la tierra.

El dolor es de los hombres.

Las alas perdieron la noche que serpientes
arrancaron el fruto de sus almas.
Contra la tierra cayeron a resistir el peso.
Los pasos.

En palabras crecieron las orillas.

El tiempo fue entonces arena.
Y las aguas
olvido que oscurece las almas.

A los hombres sólo les pertenecen sus cuerpos, los sueños.

Vuela.

Aliraii

Ave fuego Arlall.

Alas oro Aliraii.

Fuego cielo
las alas Arlall
tras Aliraii.

Fuego silencio.

Oro viento duerme Aliraii.

Oro rastro Alirai
el sueño.

Oro secreto.

Oro fuego
el sueño.

Oro sueño
el fuego.

Fuego sueño

Aliraii.

Arlall contempla
oro el cielo Alirai.

Y calla.

Ninaj

respien silentes seres

tiempo

muestren negros los ojos

respien

angustia

los pasos

respien

que devora

eterna sed

se ocultan entre las paredes

lamen sus patas

observan sin respirar

acechando todo territorio descubierto

muerden

cada momento

cada pequeño descuido

muerden

encendidos ojos la noche

sed tras los pasos

duros pellejos en el aire

pausado

caliente respiro

hambrientos

furiosos seres

rastro de cuerpo cansado

rastro de herida

eco de aullidos

ardiendo en la memoria

la sangre es amarilla

no queda espacio para dormir

ni momento para el sueño

persiguen de cerca

lo sé

desde siempre observan

desde siempre conocen mis cansados pasos

mi color

oculto de ellos intento dormir

bajo algún cuerpo

la habitación

oculto

intento dormir

rondan las puertas

escucho pasos en el techo

pasos

intento olvidar

cierro los ojos

gritan

golpean

golpean las paredes

rompe la noche la ventana

los hocicos penetran por pequeñas rendijas que logran abrir

gritan

dientes que desean

pronto sólo quedará luchar

resistir

correr

sólo quedan instantes

intento dormir

clavan los dientes en mi cuello

saliva y sudor en el pecho
arde
oscura danza cuerpos enlazados

gritos contra la pared
gritos contra el suelo

cuerpos acelerados

y rojas las pieles desnudas

y rojas las manos que luchan por respirar
muerdo el rostro que amaba
escupo sus partes

bebo de su mano inerte

acaricio el cuerpo
y corro

huyo
sin respirar

no siento las manos

me arrastro entre sombras

siento sed

hace noches que no pruebo bocado

siento sed

me abrigo contra una pared

aparece un cuerpo

sed

huelo el rastro

los pasos

corre

huye cuerpo oscura danza

caigo

grita

roja piel descubierta

lamo las manos vencidas

muerdo pecho

no respira

no respiro

bebo de sus heridas

brillan mis ojos

respiro

brilla mi cuerpo

habito un cuerpo que no descansa

veloz

desciendo

acantilados

que no aguardan

acelero a cada paso

no puedo detenerme

no debo detenerme

frágil es mi sombra

viento sobre los sueños

angustia que precipita arena

en los rostros

soy cuerpo que no respira

a cada paso

acojo cuerpos

a cada paso

acojo cuerpos sin descanso

Rijkralpa

Aves en fuego presencian a Rijkraallpa en sueños.
Lejanas descubren las tierras en leves pasos.
Lejanas desatan las alas, el sol cuando la noche respira.

Bebo la tierra y me alimento de las aguas
de un cuerpo iluminado.
En mi aliento germina antiguo el polen.

Brillo.

Las alas,
sombras sobre la húmeda orilla
donde lo distinto es uno
y todo silencio anuncia sus pasos.

Olvido.

Dos cuerpos que se hunden en desconocidas aguas,
distintas aguas.

Ello es el olvido.

Las aguas que cubren las heridas hasta la invisibilidad.
Perder el rastro de toda historia.

Olvido es palabra sin existencia.
Solos los cuerpos vencidos

sin brillo.

Los ojos de los hombres descifran en cada ave que se aleja una pérdida.

Cada ave oculta en el vuelo a un hombre que aguarda.

Chonkik

es el paso los hombres, la sangre
es el sudor los cuerpos, el peso

el olvido

es lágrima el alma entregada a la tierra.

Es palabra la orilla.

Entre el silencio y la voz permanece inmóvil.

Palabra.

Entre el vuelo y el dolor queda herida.

Un joven es arrastrado en las aguas.

Asombrado de miedo
Rijkraallpa contempla sin respiro.

Extiende las manos,
y no son alas
luz puente hasta tierra,
y no son las alas
el sol que amanece
de su grito

y no fueron las alas

otra alma
otra mano extendida.

Wayra

encontrar esta orilla
y humedecer las manos

reconocer en el fuego vencido
los pasos de tu espera

reconocer tus cenizas

cuerpo en las piedras
cuerpo en las aguas

encontrar esta orilla
y humedecer el rostro

cae una piedra
inventando anillos de oro en las aguas

tu reflejo

a tiembla como un cuerpo
a orillas del deseo

y desaparece

contemplar los pasos
sombras aparición

las aguas cubren de olvido la orilla

cuerpo sumergido
en las heridas del fuego

y pronunciar tu nombre

Qunqayo
Qunqayo

aparece sobre los pasos
aparece
bajo el cielo
que aguarda

rescata mi cuerpo de las aguas

aparece

el olvido es una orilla

débil el reflejo del fuego
las aguas
piedras como heridas
aves encendidas alas la memoria
encendidas alas tu partida
encendidas aves nuestra historia

el olvido es una orilla

dos aves vuelan
inventando anillos de oro en el cielo

tu reflejo

tiembla como un cuerpo
a orillas de la noche

y desaparece

en mi pecho
aves fuego vuelan
sobre aguas
encendidas de olvido

aves que son tus manos
que deseo

fuego que son tus palabras
que deseo

en mi pecho
encendidas aves
abren heridas
que son nuestras aguas

que son orilla

ave encendida el amor
memoria de luz en el cielo

Wayna

el mar cubre tu mano a la sombra

gritos los pasos partidos

que olvidas

gritos los caminos heridos

que desaparecen

el mar

cubre el mar tu mano
despierta
las orillas del mundo guardan
tus pasos en las arenas

resiste

las orillas del mundo aguardan

despierta

eres

mano extendida sin cielo que guarde

eres

el mar cubierto el mar

doce animales navegan ilusos en libertad

eres

invisibles alas sin abrigo

ni sueño

tu mano cubre

tu mano

llevas la sombra herida

aquella que las orillas aguardan

aquella cuyo rastro

permanece

aquellas aves cubren el mar sin abrigo

alejado de las orillas del mundo

habitamos otro cielo

silencio como el silencio

que aguarda

tu mano cubre el mar a la sombra

el grito no es el puente hasta tierra
no la mano extendida
desde orilla

el grito

las piedras furioso mar que atrapa
cuerpo contra cuerpo
furioso

doce animales navegan ilusos en libertad

anduve herido las orillas
y entiendo

el mar son aquellas aves
que guardan lo perdido
en el silencio que aguarda

el mar

Rijkralpa

Arranca mis alas.

Entrego los ojos al vuelo de las aves que se alejan.

Chonkik

contra la tierra
los desnudos pasos serán heridas,
contra la tierra
el ardiente sudor será respiro.

Orillas.

Desciende Rijkraallpa.

La tierra atará en fuego tus manos.
Negras bestias morderán la sombra de tus pasos.

Resiste.

Respira el ciego canto.
Descubre la desnuda palabra.
Pronuncia el claro silencio.

Resiste.

Crecen en palabras las orillas.

Amarillas aves desaparecen en lejanas aguas,
entregados los pasos a la luz del dolor.

Mis alas.
Una mano extendida.

Mis alas.

Muestra el pecho al horizonte.

Serán tus pasos un camino de antorchas.

Tu dolor,
el dolor de los hombres.

Tu amor el sueño.

Muestra el pecho.
Repite el canto del viento.
Que cada una de tus heridas resplandezca
como el cielo que aguardan tus ojos.

Allá
de las aguas encendidas.

Nacido de la entrega de los cielos, anda ahora pasos de hombre.

En la montaña aguarda por las aves. Fuego.

El mar.

Queda entre las palabras la palabra.

Incontenibles crecerán las alas a quien la debeve.
Perderá manos, brazos, noción de tiempo.

Soledad.

Con el vuelo de las aves perderá el habla.

Pronuncio.

Creador verbo.

Invisible dibujo
rastros el dolor

cielo de luces
viento en quietud

sangre
orilla

fuego
sombra

piedra
paso

palabra.

Yuriy

Fue de noche

Cuando tu cuerpo anunció en dolor

La aparición de tu cuerpo

Cuando todo ruido anunció tu tiempo

En música que se acaricia

En el aliento de la madrugada

Espasmos de luz hecha melodía

Viento entre nubes que se desgarran

Tambores de cielo quebrando mi pecho

Eras una dentro de otra

Dualidad hecha sola presencia

La luna dentro de la luna

El tiempo dentro del sol

Y la tierra dentro de los mares

Se ilumina la madrugada

Con cada uno de tus aullidos

El dolor se hizo

Un nudo en el rostro

Un nudo en la garganta

Un nudo en el pecho

Un nudo en el estómago

Un nudo en el vientre

Un nudo en las piernas

Un nudo en los pasos

Camino a la ceremonia

Dejamos de respirar y el dolor

Fue dolor

Fue tormenta

Fue rayo, fue relámpago

Que apretó nuestros cuellos hasta la asfixia

Que nos hizo ver toda claridad

En la profunda nada

En el puño de nuestras manos

En el cansancio de tu cuerpo

Dentro de tu cuerpo

Dentro de tu tiempo

La sacerdotisa tomó nuestros cuerpos
Y acarició tu espalda a ritmo de paso de nube
Hasta la corva de tus rodillas

Y el dolor abrió el cielo
Desde tu espalda hasta la corva de tus rodillas
Para que respirara

Salió el sol a nuestro encuentro
Nuestra calma de ojos cerrados
Y respiramos todo el firmamento

Dijo que cantemos los versos
Y nuestra flauta de caña
Fue manantial dulce y transparente

Y todo el firmamento

Brilló al compás

De nuestros ojos cerrados

El dolor fue solo dolor

El tiempo estiró sus alas en una danza inmóvil

Como si cayera y descendiera en una misma diástole

Y el amor fue amor

Ante un abismo iluminado

Y el amor fue amor ante el cielo

Se despedaza entre estrellas fugaces

Y caen dentro del abismo

El mismo abismo

Que estremece todo lo que existe

En el sacro

Temblor de la vida

Mediodía cuando el sol

Abrió los brazos

Para recibir tu presencia

Mediodía

Ceremonia de la luz

Ceremonia del respiro

Es el dolor el aliento

Las fuerzas de la tierra

Y madre fue la tierra que habitaste

Respiraste

Exhalaste

Iuminaste

Una dentro de otro cuerpo

Vida dentro de otra vida

Grito dentro de otro grito

Y fueron las aguas

El territorio para acoger tu presencia

Y fueron las aguas

Grito y vida en sangre

Grito y vida en contracciones

Pulsaciones de fuego dentro del agua

La vida respira intensa

La pulsación de sol justo antes de estallar

El instante previo

Y apareciste furiosa

Estallido de luz

Estallido de gritos de vida

Rojas las aguas que recibieron tu primer llanto

Rojas las aguas de tus ojos abiertos

Rojas las aguas de nuestro primer abrazo

Tu respiro dentro de nuestro respiro

Tu voz dentro de tu nuestras lágrimas

El sol dentro del sol

Wañuy

Fue la lluvia

Cuando tu cuerpo anunció en dolor

La aparición de la noche

Cuando todo ruido fue tormenta

Disonancia telúrica que quiebra

El aliento de la madrugada

Espasmos de luz hecha furia

Viento entre nubes desgarradas

Tambores de cielo en el quiebre del tiempo

Dualidad hecha sola presencia

La muerte dentro de la muerte

Mullus esparcidos por las orillas

El sol ha dejado de existir

Tierra adentro solo sombras

Se encumbran por las laderas

Larga noche de las lluvias

Se devora las plantas

Y un nudo se dibuja en el rostro

Un nudo en la garganta

Un nudo en el pecho

Un nudo en el estómago

Un nudo en el vientre

Un nudo en las piernas

Un nudo en los pasos

Camino a la ceremonia

Dejamos de respirar y el dolor

Fue dolor

Fue tormenta

Fue rayo, fue relámpago

Que apretó nuestros cuellos hasta la asfixia

Ciegos en la profunda nada

En el puño de la desesperación

Anida todo nuestro desamparo

En el cansancio de nuestros cuerpos

Florece angustia líquida

Como un temblor de vida próximo a perecer

La sacerdotisa prepara el cuerpo
Que habrá de entregarse a los cielos
De la larga noche de las lluvias

Y el dolor estrujó las nubes
Para que respiraran
Angustia en el vuelo del viento

Saltó la oscuridad a nuestro encuentro
Y los ojos cerrados de la muerte
Respiraron todo el firmamento

Y gritos fueron los versos
Y gritos nuestros cantos
En la ceremonia del final de los tiempos

Y todo el firmamento

Brilló al compás

De nuestros ojos cerrados

El dolor fue dolor

El tiempo estiró sus alas en una danza inmóvil

Como si cayera y descendiera en una misma sístole

Y el amor fue amor

Ante el abismo de todos los mares

Y el amor fue amor ante el cielo

Se despedaza entre estrellas fugaces

Y caen dentro del abismo

El mismo abismo

Que estremece todo lo que existe

En el sacro

Temblor de la vida

Mediodía cuando el sol

Abrió los brazos

Para recibir la sangre del cuerpo

Mediodía

Ceremonia de la luz

Ceremonia del respiro

Es el dolor el aliento

Las fuerzas de la tierra

Donde nace nuestra salvación

Respiraste

Exhalaste

Illuminaste

Muerte dentro de la muerte

Grito dentro de otro grito

Y el silencio ante una multitud

Y fueron las aguas

Que calmaron toda rabia

Con el iluminado dolor

Grito y vida en sangre

Grito y vida en contracciones

Pulsaciones de fuego que iluminan

La vida apenas respira

Y el sol débil asoma sus alas

En el instante previo

El cuerpo se desangra sobre el altar

Y un estallido de luz

Hace vibrar toda tierra

Rojas las aguas de los ríos

Rojas las aguas de los mares

Rojas las aguas de la lluvia

El dolor dentro de nuestro dolor

El grito dentro de tu nuestras lágrimas

El sol dentro del sol

El Maestro Orfebre

La hoguera que encendimos hacia la caída del sol está a punto de apagarse. Tomo unos troncos secos y los coloco sobre la brasa y avivo el fuego ayudado por una tela. La noche es fría. El Maestro Sacerdote hace un buen rato que no pronuncia palabra alguna. En estos casos prefiero dejarlo a solas con su silencio y ponerme a trabajar en una nueva Joya.

El tiempo. El Maestro sacerdote se pone de pie y busca su calzado. El tiempo habita en la densidad de toda existencia. En cada una de nuestras palabras. En el espacio silente entre cada una de ellas. En el respiro previo a pronunciar la voz alrededor de todas las hogueras que hemos compartido.

El fuego se aviva aún más con las palabras del Maestro Sacerdote, quien se presta a salir a pesar de ser tan de noche.

Todos mis pasos se han dirigido hacia este momento. Orfebre, abrígate que saldremos a caminar la fría noche del tiempo.

Al Maestro lo he escuchado hablar poemas a solas pero esta vez es diferente. Han pasado muchas ceremonias desde que me hice su aprendiz. Ahora vivo en otra casa donde crío una familia, pero el taller de orfebrería quedó en la suya, donde siempre vuelvo a trabajar.

Salimos de su casa y este trayecto me hace recordar el camino que hace decenas de ceremonias hicimos hacia la loma arcillosa donde untó en mi frente el signo de Rijkralpa.

En las arrugas de tu rostro el tiempo también ha dibujado su paso. Como viento, sigiloso el tiempo ondea su misterio y su razón. Como río, en él habita su fuente y su cuenca. En el círculo del tiempo todo lo que empieza ha de acabar.

Una tormenta se divisa a los lejos. En la última ceremonia del largo día que anuncia los días de calor y lluvias, el rostro de la Joya Ceremonial Rijkralpa cayó a tierra. Aquel entonces el Maestro optó por quedarse callado, y sus ojos se derritieron en un sollozo quedo. La tormenta que se anuncia a los lejos es un oscuro presagio. Los ojos del Maestro se vuelven a nublar.

Tus manos son las manos de tus ancestros. Joya a joya, error tras error hasta los aciertos, han hecho de ti el Maestro Orfebre que siempre supe que serías, cuando por primera vez contemplé tus ojos de niño. Eres fuente y cuenca. Ahora ya no quedan más lecciones de mi parte.

Pocas estrellas acompañan el camino. El Maestro sabe leer cada una de ellas al punto que pareciera que iluminaron los pasos precisos en medio de una oscuridad tan densa. El Maestro está iluminado. Distingo que nuestro trayecto es valle afuera, hacia el desierto.

Habrás de repetir los cantos de Rijkralpa y beber de las plantas el fuego que hará que se presente. Será un sueño, serán tus pasos. Aprenderás a distinguir todos los campos de la realidad. Escucha, atiende sus palabras como si fuera yo quien las pronuncie.

El Maestro deja de caminar a mi lado. El aleteo de furiosas aves rodea mis pasos. No debo detenerme, no debo de tener miedo. Si el trayecto es el desierto, debo de mantenerlo. El aleteo de las aves se escucha por todos lados. Es ensordecedor.

Dentro de poco habremos de llegar al desierto y caminaré a solas hasta el encuentro de mis ancestros. Sabes que mi voluntad nunca ha sido tener un entierro. Quiero ser arena como Rijkralpa se hizo arena, quiero ser cielo como Rijkralpa se hizo cielo. Me precipitaré hacia la muerte cual ave que se arroja de los cielos hacia el mar por su alimento. Algunos mueren al estrellarse. Otros vuelven al cielo con el pez en el buche.

Había imaginado este momento de mañana. Con las grises nubes cubriendo el matinal brillo que solía encender los ojos sabios del Maestro. El frío, un frío viento de las montañas, habría de acariciar mi rostro dispersando mis lágrimas, impidiendo que tocaran tierra. Pero no fue así. El Maestro aparece a mi lado como si siempre hubiera estado allí. Estaba tranquilo. Dijo.

Fuiste un buen aprendiz. Interpretaste cada aparición de Rijkralpa en formas de oro, plata y cobre. He visto vibrar tus manos, tus ojos, cada vez que creábamos una nueva pieza sagrada. Así hemos logrado que los más grandes artesanos de los valles cercanos conocieran la leyenda del ser alado que renuncia a sus alas para vivir como hombre, para luego morir y recuperar su condición divina, sus alas.

La lejana tormenta aparece sobre nosotros. En la orilla del valle, antes del desierto, un rayo estalla justo frente a nuestros ojos. La lluvia moja mi rostro pero un gran fuego se crea alrededor. Hermosos seres de luz emergen de entre las plantas. Toman los brazos del Maestro y lo llevan en una danza celestial, y vuela en espirales hermosos, amarillos sombreados de rojos profundos, para quebrarse en azules intensos, que vibran en medio de la oscuridad.

Habré de caminar el desierto para no volver jamás. Es todo lo que pude hacer. Rijkralpa vuela en nuestras manos y entre los valles. Fuiste un gran aprendiz, ahora aprenderás a ser un gran Maestro.

Rijkralpa aparece en el cielo. Hermoso, joven, con sus alas de oro abiertas. Mira a mis ojos y se precipita hacia mí. Entra por mi garganta hasta lo más profundo de mi alma. Inmediatamente sale de mí por mis ojos. Vuelve al cielo, ensangrentado de luz, con el cuerpo del Maestro entre los brazos.

Estalla un relámpago, luz que ilumina todo cielo, toda tierra.

El sol de la mañana hizo que abra los ojos. Estoy en la misma orilla del valle. El desierto se despliega amplio, amable y tibio como un único camino sin regreso alguno.

Tomo el camino para volver a casa. Leve, claro, en paz. Con la certeza de haber celebrado la más hermosas de la ceremonias. Cada una de las palabras del Maestro se repite como eco de abismo en todo mi cuerpo.

Fuera de casa estaba mi pequeña, como siempre, jugando con unas piedras. Corrió a abrazarme. Estaba feliz de verme. Yo estaba feliz de verla. De pronto ella da tres pasos y vuela hasta mis brazos. Vi en sus ojos a los seres de luz de la noche anterior. Vi a mi Maestro, vi a Rijkralpa. Vi a mi pequeña hecha mujer con el cuerpo pintado con mágicos símbolos, ataviada de sagradas joyas y finos telares, sobre un templo frente a una multitud, con una copa de sangre entre las manos, ofreciéndola a los cielos. Y llueve, ferozmente llueve.

Entendí. Es ella a quien habremos de legar todo lo aprendido en Rijkralpa. Y ella habrá de enfrentar la larga noche de las lluvias.

A nuestro encuentro salió mi compañera de vida, madre de mi pequeña. No preguntó nada, vio nuestro encuentro, nuestros ojos, y entendió todo.

En silencio los tres nos dirigimos a la casa del Maestro Sacerdote. Como fue su voluntad, quemamos todas sus pertenencias personales y mudamos el taller a nuestro hogar.

Dejamos abierta la puerta de la casa del Maestro para que, quien la necesite y pueda verla, habite la transparente memoria de la luz.